

dato, sino por el asco que producen. Además, corres un peligro, entre otros no menos dignos de consideración, del que ninguno está salvo: de enamorarte cuando menos lo piensas. ¿Y de quién? No lo sabemos. O de mujer que por tus proceder te rechazará, o tal vez de aquella sobre cuya vida pasada no te queda otro recurso que poner una losa de tal peso que nunca puedas levantarla. ¡Cosa bien difícil por cierto!... ¡Cuántos disgustos por sospechas éstas sí fundadas, que seguramente te maltratarán! Ahora, debo advertirte que has hablado del matrimonio como un macho, esto es, pensando sólo en la carne, y olvidas completamente lo que es hogar, hijos, ternuras del alma, solicitud, cumplir hermosos deberes que llenan el corazón y crean por su sola virtud la verdadera felicidad.

El joven enemigo del matrimonio ni incrédulo o escéptico sonrió, e iba a replicar a Luis cuando comenzaron a cerrar las puertas del establecimiento y los tres camaradas levantáronse para retirarse. Despidiéronse amistosamente, cada cual tomó por su lado, pero ninguno pensaba lo mismo que cuando entró al café.

IV

Si no confirma la experiencia nuestras opiniones, y las fortifican nuestros andares, ciertos razonamientos presentados oportunamente hieren la imaginación de tal modo, que las conmueven; y si se es joven, y el que mina el criterio, hábil y sugestivo, las opiniones no resisten el bamboleo, desmorónanse y modifican la conducta.

A Luis no le hubieran hecho mella los argumentos de su camarada a no tener un indicio de las audaces y desnudas afirmaciones del licencioso, pues Luis pertenecía a un medio

honesto y su educación lo alejaba de un sentir tan desvergonzado. Su conciencia modelada con cariño y constancia por su madre, inspirábale otras ideas, guías de su conducta. Luis no cambió su moral, claro que no; bien sabía que hay tantas calificaciones de la mujer como hombres las juzgan; pero sin poderlo evitar, porque su imaginación fué espoleada, y adolorido por las que le parecieron alusiones a su desdichado lance, se puso a analizar a Felicia. Experimentó celos del pasado: pensó en los primos, en los amigos, en los criados protervos de quienes pudo ser que ella recibiese alguna lección inmoral. Un pasado corto, es verdad, mas hundido en el misterio. Y celos y temores por un futuro apenas esbozado en el horizonte de su vida. Quiso desechar tan necias y sutiles ideas, defendiendo ante sí a Felicia:—¿Quién despertó esa niña al amor, no fuí yo? Lo he cultivado en su corazón; fuí el primero que bailó con ella en el Teatro Nacional; quien la invitó con insistencia a ir a la arboleda; y por último la besé sin pedirle permiso... Ella no protestó, y, quién sabe si no nos sorprenden... Tal vez, como el otro, consigo lo que concedió la del abanico... Me fué a buscar a casa cuando yo convalecía, me regaló flores... Baila conmigo, y es exacto cuanto de esto dijo... ¡Qué angustia! Me pone nervioso pensar en estas cosas. Pero si eso es el amor; si esa es la florescencia de la planta que sembré. Nunca tuvo otro novio, he sido el primero... ¡Qué injusticia! Lo que debía agradarme y enorgullecerme, lo que he creado, me aterroriza, lo considero indignidad y baldón del sexo femenino. Entonces ¿qué busco, qué pretendo, qué espero? Una joven a quien ningún hombre ha hablado, nacida y educada con esmero no da lugar a sospechas; son los hombres

AVISO.—Los que deseen suscribirse a **RENOVACIÓN** pueden hacerlo directamente a las siguientes direcciones: Ricardo Falcó, apartado 638, San José de Costa Rica; Maximino Fernández, calle Perdriel, N° 519, Buenos Aires (Rep. Argentina); Lorenzo Portet, calle de Cortés, N° 478, Barcelona (España). El abono es: **2 dólares al año oro ame.** En Europa: **10 pesetas** año moneda española. PAGO ANTICIPADO.